

mente podrán contribuir al decorado del monumento, imprimiéndole al par cierto sello de severa y elegante distinción.

Imposible nos sería siquiera citar los principales y más renombrados museos del mundo. Como se ha dicho, no hay capital civilizada que no posea cuando menos un museo. Notables son por la riqueza de sus colecciones y la esplendidez de sus edificios, el del Vaticano en Roma, el Louvre en Paris, el Británico en Londres. Los Estados Unidos del Norte poseen innumerables museos de Historia Natural, de Etnología y diversas é importantes ramas del saber humano.

La ciudad de México va formando una serie interesante de museos, todavía muy deficiente y plagada de abundantísimos defectos; pero ya existen los núcleos de las colecciones y se tiene empeño decidido por su establecimiento y su progreso.

V.—EDIFICIOS DE DIVERSIONES PÚBLICAS.

I.—TEATROS.

TEATROS ANTIGUOS.—Las representaciones antiguas tuvieron por origen los himnos en honor de Baco, que cantaban los coros en las fiestas dionisiacas de Grecia; y los tabladros sobre los cuales estaban los ejecutantes. De aquí también el punto de partida de la formación de los teatros. (Del griego *θεάω*, ver, ser espectador.)

Débese á Esquilo la organización fundamental que conservaron estos edificios en toda la antigüedad, á partir de su época; parece que primero fueron de madera, que ofreciendo graves peligros se suslituyó por la mampostería.

Las disposiciones generales de los teatros eran poco más ó menos las mismas entre los griegos y romanos. Levantábanse las gradas en anfiteatro, de forma semicircular; estaban divididas por escaleras convergentes hacia el centro, y algunas veces también por uno ó varios pasillos semicirculares. Los es-

pacios comprendidos entre dos escaleras se llamaba *cunei*; dándose el nombre de precinciones (*præcinctiones*) á los intervalos comprendidos entre dos pasillos. Sobre la primera hilera de gradas se desarrollaba frecuentemente un pórtico, cuyo techo estaba sostenido por columnas. La orquesta se colocaba en la parte inferior del teatro, que era semicircular y estaba á nivel en toda su extensión. Ocupada por los coros en los teatros griegos, se reservaba para los senadores y autoridades provinciales en los de los romanos, donde los coros se disponían al lado de los actores. El escenario, ó más bien el ante-escenario ó proscenio (*proscenium*) se abría en casi todo el diámetro sobre el cual se apoyaban las graderías. Dábase el nombre de *escena* á una importante construcción de mampostería, que se trataba con gran lujo arquitectónico, y formaba lo que llamamos hoy *telón de fondo*. Era éste monumental y permanente.

Atrás de la escena, que tenía tres puertas, estaba el *postscenium*, con los cuartos donde se vestían los actores y las piezas que se reservaban á los depósitos de máquinas y de decoraciones. Hacia este lado, había habitualmente un vasto pórtico destinado al abrigo de los espectadores en caso de lluvia.

Antes de principiar el espectáculo y durante los entreactos, el proscenio estaba separado de la parte de edificio reservada al público, por una gran cortina adornada de figuras (*auleum* ó *siparium*; *telón de boca* entre nosotros), que se bajaba en vez de alzarse como en nuestros teatros. Las decoraciones no alcanzaron las hábiles é inteligentes disposiciones de hoy, ni presentaban ilusión alguna; aplicábanse en prismas rectos de base triangular (*versátiles*) distribuidos en las caras laterales del proscenio, en número de tres por cada lado. Estos prismas giraban sobre pivotes, de modo de presentar ante los espectadores el lado que tenía el género de decoración exigido por la pieza que se representaba. Tenían, además, los teatros antiguos, máquinas sobre la escena, para que aparecieran las divinidades celestes, y sobre todo para la que se encargaba del éxito (*Deus ex machina*).

Las gradas, la orquesta y el proscenio estaban completamente descubiertos, y los espectáculos tenían lugar al aire libre; más tarde se trató de cubrir al teatro con una gran tela (*velarium*) que se abría y cerraba á voluntad: estaba decorada con riqueza, y fija á mástiles dispuestos en los muros de circunvalación. Ya se dijo que el pórtico del postscenio servía de refugio en caso de lluvia: los teatros enteramente elevados sobre el suelo presentaban otros pórticos aún en su perímetro. En estos últimos desembocaban escaleras muy hábilmente dispuestas bajo las graderías.

Algunos teatros antiguos eran de vastas proporciones: el famoso teatro de Marcelo en Roma, podía contener 16,000 espectadores; y, al decir de las crónicas, en el de Pompeyo, de la propia ciudad, podían caber 40,000; cifra, en verdad, exagerada.

Sabido es que las máscaras con que se disfrazaban el rostro los actores, tuvieron después una especie de aparatos metálicos que servían para reforzar la voz. Vitrubio enseña que, en los teatros de piedra, menos sonoros que los de madera, se colocaba cierto número de vasijas especiales en nichos practicados bajo las graderías, y dispuestos singularmente. Dúdase, sin embargo, de la eficacia de tal disposición.

TEATROS MODERNOS.—La civilización y el progreso exigen que los teatros actuales satisfagan á condiciones diversas á las de los antiguos; no admitiendo, por tanto, ni las mismas formas, ni la propia extensión; teniendo, además, las sociedades modernas, exigencias y delicadezas desconocidas en la antigüedad.

Sin entrar en más detalles sobre el asunto, examinaremos las condiciones requeridas por una sala de espectáculos, según dichas exigencias del teatro moderno.

Dos disposiciones principales se han adoptado para estas partes de los edificios que consideramos: una pertenece á Italia; otra es esencialmente francesa. La primera, levanta verticalmente el muro de circunvalación de la sala, desde el nivel del suelo hasta el techo; y en él practicadas series de abertu-

ras donde se colocan los palcos para los espectadores. La segunda, admite con amplitud galerías salientes. Los palcos italianos están, en cierto modo, fuera de la sala de espectáculo; más profundos que los franceses, son verdaderos saloncitos donde se reciben visitas, y desde donde también, la representación no ocupa al espectador más que en el momento en que se deja escuchar un cantante favorito ó un trozo predilecto. Un teatro francés es un gran salón en el cual los asientos se hallan distribuidos con arte; donde nadie está aislado; donde cada uno se acomoda á su antojo; donde, finalmente, los espectadores pueden seguir atentos, en todo su desarrollo, la acción que se sucede en la escena. Hay salas italianas que parecen frías y tristes cuando se las compara con las francesas. Este último sistema es el generalmente adoptado en los modernos teatros.

Entre los parisienses más notables, pueden citarse el teatro de la Grande Ópera y el del Odeón. El primero es un magnífico y grandioso edificio, de planta sensiblemente exagonal, aislado por todas partes, y alzando su fachada principal frente á la hermosa avenida de la Ópera. Es notable su riqueza interior; la disposición de su soberbia escalera, su espléndida sala y su salón de desahogo (*foyer*). El segundo es de dimensiones más pequeñas; también se encuentra aislado, frente á una amplia calle; rodeado de pórticos bajo los cuales desembocan varias escaleras; y es de construcción monumental.

En ambos teatros se ha observado una relación conveniente entre la latitud y la altura de la sala; y es de notar que la dimensiones horizontales se hallan establecidas de tal suerte, que una circunferencia de círculo puede inscribirse en la planta que sirve de base al cielo raso que cubre á la sala. Esta condición se satisface generalmente en casi todos los edificios del mismo género; y tiene el doble mérito de determinar una forma simple y de obtener excelentes proporciones.

Inútil es hacer nolar, por otra parte, que la planta de una sala de espectáculo, aun cuando debe trazarse en anfiteatro,

se sujetará á condiciones distintas á aquellas que rigen á los destinados para aulas.

Es importante fijarse también en la disposición amplia y cómoda de las localidades: así como tener en cuenta las relativas á cubrir los sitios exteriores donde se acumula el público para la compra de boletos de entrada, y bajan ó suben las personas de sus carruajes. Los cobertizos y los pórticos se distribuirán, en consecuencia, donde se necesiten, pero sin faltar á la armonía del conjunto exterior y con positiva delicadeza.

Numerosas disposiciones eminentemente viciosas se encuentran en la generalidad de los teatros modernos, aun en aquellos que parecen muy bien distribuidos. Señalaremos algunas.

Cuéntase en primer término la disposición de las escaleras. Aun cuando estén bien trazadas y sean amplias, si ligan varios pisos á la vez, su libre circulación se entorpece al fin del espectáculo; en efecto, el paso queda interrumpido para los concurrentes de los pisos inferiores, por la corriente que baja de los superiores, sobre todo en los puntos de intersección. Necesario sería, y debe procurarse, que cada piso tuviese su escalera especial que desembocara en el primer piso del edificio.

Otro defecto consiste en que el alumbrado de la escena, satisface poco y se distribuye mal. Debe reprobarse la rutina de colocar una hilera de luces en el piso del proscenio, entre la orquesta y los actores. Fácil es hoy repartir y difundir bien la luz con los elementos abundantísimos que proporciona el progreso actual.

Uno de los vicios más arraigados, consiste también en colocar palcos tras del telón de boca, á ambos lados de éste, en retroceso de los avancuerpos que limitan lateralmente el escenario. Ventajoso sería suprimirlos, aun por razones de estética; y renunciar á que haya bastidores corredizos en el primer plano vertical.

Con el objeto de aclarar más todo lo anterior, el maestro Reynaud describe la disposición más conveniente de un teatro

imaginario, y que vamos en seguida á copiar, no sin añadirle de nuestra cosecha algunos otros puntos más que no trata el autor citado.

La fachada principal de este teatro, se supone alzada sobre una plaza pública de vastas dimensiones, aislando al edificio, totalmente, amplias calles ó avenidas, en tres de sus lados. Un bello pórtico cubre sus entradas por la parte de la plaza; disponiéndose elegantes marquesas de techos de vidrio, apoyadas por las caras laterales, para abrigar á las personas que llegan en coche ó suben á él. El vestíbulo principal está dispuesto en seguida del pórtico de la fachada, y en comunicación directa con otros dos vestíbulos más angostos que dominan en toda la longitud de las caras laterales, como se advierte en el teatro parisiense del Odeón. En estos últimos, están los despachos de boletos, y asientos para las personas que esperan carruaje concluido el espectáculo. Las salidas son fáciles y muy multiplicadas.

Dos grandes escaleras parten del vestíbulo central y conducen á los palcos primeros y al salón de desahogo [*foyer*]. Otras escaleras están distribuidas en las caras laterales, y en tal número que cada piso tiene la suya. Puede comunicarse con los demás pisos de suerte que la circulación se facilite de un punto á otro de la sala; pero se aíslan completamente al fin del espectáculo, con el objeto de prevenir las aglomeraciones y que la circulación se paralice.

El salón público de desahogo es vasto, decorado con esplendidez y riqueza. Casi siempre se dispone sobre el pórtico de la fachada principal. En el teatro imaginario que describe Reynaud, se supone la existencia de grandes terrazas exornadas de flores, arbustos y fuentecillas juguetonas. Estas terrazas están descubiertas en estío; pudiendo convertirse en jardines de invierno durante la mala estación. No sabemos hasta qué punto—previo el respeto que profesamos al maestro—puedan causar buen efecto esas terrazas, sobre todo en nuestros climas. En Europa hay teatros de verano y teatros de invierno; cada

cual con condiciones especiales propias para la estación respectiva: en México desconocemos el rigorismo espantoso del tiempo, y de consiguiente, nuestros teatros sirven para todas las estaciones.

La sala del teatro supuesto se halla cubierta por una bóveda peraltada, de base circular; y la abertura de la escena tiene por medida el lado del cuadrado inscrito en la circunferencia. Los palcos del frente se hallan cerrados y son los únicos que tienen esta disposición; todos los laterales están descubiertos, de manera que ningún tabique venga á obstruir la vista del escenario ó á detener la voz de los actores. Atrás de cada palco de los dos primeros pisos hay un salón de la misma profundidad de esas localidades.

En los pisos superiores, los asientos están dispuestos sobre los salones y palcos del frente, formando profundo anfiteatro. Los asientos de todas las partes de la sala, se hallan colocados los unos al lado de los otros de tal manera, que ninguna fila de espectadores oculte la vista de la escena á la que tiene detrás. Generalmente el piso de la sala es un plano inclinado hacia la escena.

Los palcos tras los avancuerpos del proscenio, se han suprimido en el teatro imaginario que describimos. Las primeras decoraciones están fijas sobre planos verticales, y dispuestas de suerte que envían hacia la sala los sonidos reflejados sobre los planos subsecuentes del escenario. La orquesta se coloca sobre una caja acústica, sirviendo de resonador la misma bóveda de la sala, construída de material delgado.

Del centro del cielo raso de la sala, pende una vistosa araña, cuya luz, si bien es cierto que es un tanto fatigosa para algunos espectadores situados en las galerías altas, en cambio ese foco de irradiación es un espléndido ornato, é imprime á la sala un aspecto feérico. Tiene, además, la ventaja de emitir rayos directos, no producir sombra alguna y difundir la luz con mayor uniformidad. La escena deberá iluminarse de modo que los focos sean invisibles para los espectadores.

El exterior del edificio es de carácter monumental. Sus formas tienen amplitud, distinción y riqueza; pero proclaman más bien la fantasía que la severidad. El mismo plan domina al interior. Diremos de una vez que el arquitecto debe fijarse en la decoración de tres partes esenciales: del salón de descanso ó desahogo [*foyer*] cuya decoración se presta á lo monumental; del cielo raso de la sala, y del arco de proscenio. El arte encuentra allí ancho campo donde desplegarse; y el buen gusto, el sentimiento estético y una educación artística perfecta, colaboran de consuno en el éxito más hondo de lo que señalamos.

Recomienda el maestro Reynaud, un tono carmesí para el fondo de las localidades de primer orden; tono que, además de ser poco más ó menos uniforme, dulce y caliente, hace resaltar la figura de las damas y los colores claros de sus trajes.

Cualquiera que sea la afluencia de concurrentes y la temperatura exterior, los espectadores hallarán siempre un aire puro y un suave calor en la sala. Hay que fijarse, pues, en la ventilación y en la calefacción; debiendo evitarse las corrientes de aire.

Complementaremos ahora todo lo anterior.

Se ha hablado de diversas localidades, las que, como desde luego se comprende, tienen sus categorías: entre nosotros se dividen en plateas, palcos primeros, segundos, y algunas veces terceros, y la galería; dispuestos todos en pisos que se superponen, sostenidos por esbeltas columnas de fierro, que son las más propias porque presentan menor superficie y obstruyen menos la vista. El resto de la sala comprendido entre las plateas y el escenario, se llama en México *patio*; distribuyéndose en él los asientos (*butacas* ó *lunetas*) á raíz del pavimento, que, como ya se dijo, debe estar inclinado. Este piso se dispondrá de modo que, en un momento dado, todo él pueda moverse para colocarlo al nivel del piso del escenario, cuando, por ejemplo, se desea convertir la sala del teatro en un gran salón de baile.

El pavimento de la escena ó *foro*, descansará sobre un subterráneo dispuesto para los juegos de magia ó de tramoya, y deberá estar provisto de escolillones.

Como dependencias, no se olvidará: un lugar para fonda bajo los pórticos de entrada; mingitorios é inodoros distribuídos en todos los pisos, convenientemente situados para evitar la vista y los malos olores, y con su respectiva división para señoras y señores; cuartos bien acondicionados para los artistas; bodegas amplias para guardar los numerosos objetos y útiles de escena; y un sitio apropiado para una instalación completa de bombas de incendio. Finalmente, el empleo de telones de boca incombustibles, para aislar la sala del escenario, y de puertas giratorias que se abran en cualquier sentido, son de rigor y deben exigirse con severidad; así como cuantas prescripciones que convengan al caso para evitar accidentes gravísimos en caso de un siniestro.

II.—ANFITEATROS.

Gran papel desempeñaron los sacrificios sangrientos en las ceremonias religiosas de la antigüedad. No eran únicamente los animales quienes servían de víctimas, sino el hombre mismo; y esta bárbara costumbre acabó por penetrar de tal suerte en el modo de ser de los pueblos, especialmente el romano, que la efusión de sangre llegó á ser un tema de diversión pública más bien que de acto de piedad hacia los dioses ó los manes de los héroes. Los combates de los gladiadores, la matanza de los animales, eran espectáculos de los más preferidos; éstos fueron causa del origen de los anfiteatros.

Tales edificios presentaban todos la misma disposición general, tanto cuanto puede juzgarse por las ruinas subsistentes aún. Consistían en una *arena* de forma oval, rodeada de gradas elevadas en retroceso las unas sobre las otras; bajo estas gradas se colocaban las galerías de comunicación, y las escaleras que ligaban los diferentes pisos.

Parece que estas construcciones fueron ideadas por los etrus-

cos más bien que por los romanos; como se advierte en unas ruinas existentes en la ciudad etrusca de Sutrium, el eje mayor de la arena mide 49^m.20, y el menor 40^m.15.

Primeramente en Roma, los combates de los gladiadores tenían lugar en los circos; pero la forma alargada de éstos no era propia. Decidiéronse entonces á construir anfiteatros, primero de madera, luego de piedra. El primero construído en la Ciudad Eterna, de esta última substancia, fué edificado en el Campo de Marte por Stalio Faurus, hacia el año 725 de la fundación de Roma. Nada queda de él; habiéndose alzado sobre sus ruinas el Palacio del Monte Citorio, destinado actualmente para Cámara de Diputados. Augusto había manifestado deseos de construir otro á todo costo, en un lugar más céntrico; pero este proyecto no se realizó sino mucho tiempo después por Vespasiano.

Anfiteatro Flavio ó Coliseo.—Grandioso monumento empezado á construir por Vespasiano cerca del Foro romano, en el sitio que hubo de ocupar un lago artificial que existía en medio de los jardines de Nerón. Tito aclinó su fábrica, estrenándolo el año 80 de nuestra Era. Algunos opinan que se le dió el nombre de *Coliseo* [*Colosseus*] por sus grandes dimensiones, y otros que probablemente á causa de la estatua colosal de Nerón. Este edificio está construído con bloques de travertino; constaba el exterior de cuatro pisos, los tres primeros con arcadas y columnas dóricas, jónicas y corintias, respectivamente superpuestas. El último piso tenía un muro con ventanas separadas por pilastras corintias. En las extremidades de los ejes más pequeños, había cuatro entradas principales; los espectadores entraban por las arcadas del piso bajo. Se observa aún buena parte de las gradas, cuya primera fila (*podium*) estaba reservada al emperador, á los senadores y á las vestales. El monarca tenía su lugar especial (*pulvinar*).

Bajo la *arena* se han encontrado diversos departamentos, unos que se destinaban para las bestias feroces, y otros cuyo uso se ignora.

Los dos tercios de esta construcción gigantesca, han desaparecido: la bárbara mano del hombre y la del tiempo hubieran acabado con el Coliseo, si algunos papas y personajes no hubieran hecho allí diversas obras de conservación.

Según los datos que poseemos, y para conciliarlos tomando un término medio,¹ diremos que el perímetro del edificio mide más de 500 metros; el eje mayor, 188 metros; el menor, 156 metros; la arena, más de 80 metros por unos 50; calculándose la altura total del edificio de 48 á 50 metros.

Cuando el viajero contempla esta inmensa mole, desde la colina del Capitolio ó del Palatino, en una de esas tardes en que los rayos del sol iluminan con infinita melancolía los restos imponentes del Foro, el Coliseo embarga el alma, é infunde en ella muy hondas meditaciones; pero nada puede compararse á la impresión que tan colosales ruinas producen, cuando se está en medio del anfiteatro en una noche de luna.

Varios otros anfiteatros romanos se han conservado mucho mejor que el Flavio; citaremos los de Verona (Italia) y de Nîmes (Francia).

Anfiteatro de Nîmes.—En este edificio podían haber unos 18,000 espectadores. Su disposición es semejante á la del Coliseo, midiéndose—según Reynaud—el eje mayor del edificio, 133^m.88, por 101^m.40 el menor. Exteriormente tiene dos pórticos superpuestos, de un carácter bellissimo. El aspecto de la construcción es muy monumental.

Las únicas construcciones modernas que recuerdan á los anfiteatros de la antigüedad llevan genéricamente el nombre de circos. Estos son grandes salas de forma circular, por regla general, destinadas á los ejercicios ecuestres y acrobáticos. Como se recordará (pág. 250), se da hoy también el nombre de anfiteatro á salas destinadas á la enseñanza y á otros usos, acerca de lo cual ya hemos dicho dos palabras.

¹ Reynaud en su *Tratado de Arquitectura*, y Baedeker en su espléndida *Guía de Italia Central*.

III.—CIRCOS, PLAZAS DE TOROS Y FRONTONES.

Hácese remontar hasta Rómulo la institución del circo en la ciudad de Roma.

El más grande y magnífico de los edificios de este género, fué el llamado *Circo Máximo*, del cual no quedan sino ruinas informes, aunque suficientes para restaurar por completo las disposiciones. El Circo Máximo se extendía entre el Palatino y el Aventino. Dícese que en él cabían más de 200,000 espectadores en tiempo de Plinio, y cerca de 400,000 cuando la construcción se agrandó.

Los circos presentaban alguna analogía con los anfiteatros; consistiendo esencialmente en una arena rodeada de gradas; pero teniendo el todo planta rectangular, y generalmente menor altura que los anfiteatros. Su contorno no era elíptico como el de éstos; hallábase en la mayor parte de su longitud formado por dos líneas paralelas. Estas líneas se reunían en una de sus extremidades por una circunferencia de círculo, en la cual se abría la entrada principal á la arena (*pompa circensis*): por ella penetraban al circo los campeones ó aurigas que en sus carros iban á disputarse la victoria. En el lado opuesto se hallaba la puerta de salida del vencedor (*porta triumphalis*). La arena estaba dividida en casi toda su longitud por un muro de corta elevación (*spina*) y sin tocar los límites de la arena. En cada extremo de la *spina* se alzaban los límites (*metæ*) para el juego: eran regularmente tres, de forma cónica. Los carros circulaban en torno de la *spina*, y los aurigas se esforzaban en alcanzar la meta, sin tocarla. Finalmente, en casi todos los edificios de este género había una ó dos filas de pórticos exteriores, análogos á los de los anfiteatros, destinados á guarecer al público en caso de lluvia.

Otras especies de circos.—Debemos referir también á los circos romanos, los *hipódromos*, destinados á las corridas de caballos (*ἵππος*, caballo, y *δρόμος*, carrera). Su planta es rectangular también, ocupada por la *pista* y las tribunas respectivas.